

---

# Crónica de una Debacle:

## *La Juventud Venezolana de los 60 a los 80*

---

EWALD SCHARFENBERG E

"I've been caught inside a deep sleep  
sleepwalking as I watch myself  
in deep sleep.  
I keep pretending that it's someone else".

DEVO, Deep sleep

La cosa va, definitivamente, mal. Sí, muy mal. Parece que nunca pasa nada en nuestro imperio tropical del **video-clip**, el **curtain wall** y la comida rápida. Nuestra anodina existencia cotidiana apenas se ve matizada por la periódica temporada de caza urbana —léase recluta militar, planes "Unión", operativos policiales—, la apertura de un nuevo expendio de **donuts** —también conocidas como **rosquillas** en ciertos medios ofuscadamente conservadores y folklorizantes— o las aventuras ideológicas del dúo dinámico de la política venezolana: Carlos Raúl, el héroe encapotado, y Jean, el joven maravilla. La desesperanza y el escepticismo se funden y dan forma al **pacman** que nos va devorando y sumando puntos a favor de las "Fuerzas Vivas" del Gran Sistema Democrático Venezolano —Marca Registrada (R) por "Betancourt, Caldera & Bros. LTD.—, que ya llevan casi 27 años jugando sin prestarle los controles del **Atari** a nadie más.

Alguien se ha referido a la juventud —usando esa frase casi como tarjeta de presentación— como "una generación cansada de esperar". Pues bien, parece que de tanto esperar nos hemos quedado dormidos en el sofá, y sin que haya quien nos sacuda para despertarnos. Entre los ronquidos de la mayoría, algún sonámbulo se levanta para defender tercamente —en cumplimiento de un sagrado deber juvenil—, desde las páginas de un diario, al **rock'n roll**, ante las desconsideradas embestidas de algún virrey del mundillo intelectual criollo, o de una misteriosa inquisidora de intimidante nombre germánico. Son como modernos Alonso Andréa de Ledesma: se enfrentan al enemigo en inferioridad numérica, y disponiendo de ridículas armas intelectuales.

"¡Pero si son tan jóvenes! ¿Cómo pueden ser escépticos?", se preguntan algunos sobrevi-

vientes de las jornadas de los años sesenta (la renovación universitaria, el poder joven, las guerrillas, y todo lo demás). "Se justifica ese desaliento en nosotros", parecen decir, "pues sufrimos una derrota histórica, y vimos frustrados todos nuestros sueños, pero ¿por qué ustedes, hijos del boom petrolero?". Las respuestas ante tal interrogante pueden variar: alguien asumirá gratuitamente la defensa de esta juventud perdida, aduciendo que los muchachos no lo tienen nada fácil en la actualidad, pues las opciones no son ahora tan claras e inequívocas como lo fueron, por ejemplo, en 1958 o 1968; algún otro calificará de "boba" a la generación "modelo-80", sin detenerse a pensar en las muestras de franca estupidez evidenciadas por pretéritas y gloriosas juventudes —basta una simple investigación de campo: asistir a ciertas "Nochas de bolero" que últimamente prestigian a tascas, restaurants, y cuanto sitio dedicado al bonche exista en esta cursal del cielo—; no faltará quien exima de responsabilidad a la juventud actual, y en un dramático *mea culpa* se lamenta de que "hemos confiado la enseñanza de nuestros hijos a los dueños de los canales 2, 4, 8, y ellos los alimentan con películas yankis, música intrascendente y falsos conceptos de la vida". Como si los medios de difusión, de información fueran omnipotentes! ¡Como si una ración reforzada de películas de Wajda y Mijaikov, de piezas de Beethoven y Bach, pudieran devolver la vida a los zombies veinteañeros!

La verdad es que yo no sé qué decir; por más que estrujo mis neuronas, hasta que parecen las mechas de un coletto viejo, sigo ignorando por qué las cosas están así. No logro dilucidar si realmente somos bobos, si la estamos pasando indiscutiblemente mal, o si nos quejamos por simple calistenia. Sin embargo, estoy en capacidad de asegurar lo siguiente: esto no lo aguanta nadie. Más posibilidades tiene un haitiano homosexual de no contraer el "cáncer gay", que un joven venezolano de lograr una vida medianamente satisfactoria; todas las salidas están bloqueadas:

\* La actividad político-partidista no atrae a nadie: la izquierda laberíntica oscila entre el burocratismo, la militancia mística, y la pirotecnia verbal de cierto revisionismo (remember los "tucanes", darling); y de las logias del status (la confraternidad adeca y la hermandad copeyana), pues, ¡ni hablar!

\* El Herpes lanzó efectivamente siete innings, y con un buen relevo del S.I.D.A., pintó nueve ceros al sexo, cortando así la buena racha que tenía el amor libre desde los años sesenta. La cuestión se complicó aún más, pues la cotización de la virginidad aumentó notablemente en el mercado de los agentes libres.

\* No hay posibilidad de evasión, pues las drogas —tales como la "Golden Santa Marta" o la TV— ya no tienen el encanto de antaño, y son de mala calidad. En nuestros días, un shot de televisión puede derivar en un "pasón" tan terrible como el del *hazuco* más adulterado; sobran testimonios que corroboran que los efectos de una sobredosis son equivalentes a los identificandos, por ejemplo, en quienes han visto a la *Video-Jockey* pronunciando palabras en inglés.

\* Ni siquiera cabe esperar una beca salvadora, que nos rescate de este infierno llevándonos a cualquiera de nuestras madres patrias (somos hijos naturales de España, adoptados por los Estados Unidos) u otra patria que no tenga parentesco con nosotros; bien es sabido que se nos acabaron los reales —pero Venezuela tiene recursos, la crisis es pasajera, ¡Vamos a trabajar!, y todo eso—, que el bolívar tiene tanta fortaleza como el Partido Comunista en Norteamérica, y que, por lo tanto, Fundayacucho lo piensa mejor antes de financiar el turismo diletante venezolano.

\* Las canchas deportivas están, en general, en peores condiciones que el "juego de pelota" de Chichen-Itzá, y ciertos deportes "in" —como el bicicross, el bowling, o el surf— no pueden practicarse sin antes pedir un préstamo al "Banco Interamericano de Desarrollo", dado el alto costo de los implementos.

Más oscuro no podría ser el panorama. Sin embargo, sería deshonesto de mi parte no adver-

tir lo siguiente: realmente, y a pesar de la situación descrita anteriormente, pareciera que la mayoría de los jóvenes están disfrutando lo que hacen; he percibido la misma expresión vacía —resultado de la combinación de la más silvestre alegría con una sensualidad torpe—, cercana a la de los personajes de *Clutch Cargo*, en los rostros de los “pavos” que se contorsionan remedando burdamente el *breakdance*/norteamericano, de las “jevitas” que se exhiben en las heladerías de moda, y hasta de los estudiantes que se agolpan en los cafetines de las Universidades. Parecen felices, o por lo menos, conformes, ¡es tan difícil saberlo!. Ciertamente, somos pocos los insatisfechos, los inadaptados: la clave del asunto reside en que, desde la década pasada, la cuestión existencial se redujo a simplemente “pasarla bien, y el que se ‘enrolle’, que así se quede”; las exigencias para “pasarla bien” —por si fuera poco— disminuyeron, con el transcurrir de los años. En nuestros días, verbigracia, la participación en un concurso como “La Doble de Maritza Sayalero” o “El bombón de la sifrina” puede estar perfectamente en el campo de legítimas ambiciones de un joven venezolano (y no me meto en el campo de las ambiciones ilegítimas, pues no quiero hablar ni de política ni de negocios).

El joven venezolano de hoy actúa como si oficiara de monaguillo en el altar de la democracia pluralista; su moral casi victoriana haría parecer al Senador McCarthy como un impúdico liberal; su patriotismo, extraído de las páginas de *Tricolor*, conformaría hasta al más rudo *camisa parda*. Por ello, no debe causar asombro que en nuestro país haya grupos de rock que dedican sus discos a Dios y a sus padres, o que jóvenes universitarias recojan firmas para sancionar a los autores de un periódico estudiantil al que consideran “ofensivo e inmoral”, o también que legiones de “niños-bien” ingresen a las filas de la cruzada de “Tradición, Familia y Propiedad”. No hay rastros de irreverencia; cualquier manifestación de disenso es considerada insolente.

Entonces, ¿qué ha pasado? ¿Qué ocurrió con esa juventud narcotizada con los olores del



crudo pesado, arrullada por la melodía electrónica de los juegos de video?.

Estudiar esta cuestión, o simplemente reseñarla, me enfrenta a dos dificultades esenciales; en primer lugar, el riesgo de utilizar cierta jerga "sociológica", aparte de ahogar cualquier posibilidad de percibir realmente el fenómeno, resulta supersticiosa, y frecuentemente no es más que un andamiaje retórico que busca dar sustento a un alegato gris y vano; en segundo lugar, estoy profundamente implicado con mi objeto de estudio, y ni aún como ejercicio metodológico, puedo desligarme de él: Sí señores, formo parte de la congregación de destetados del "Viernes Negro", soy integrante de la generación del 80 (del 80% de ignofantes). Aunque me resulte penoso, confieso que mi infancia quedó marcada por la rivalidad mortal entre **Rodak** y **Goldar**, la exasperante indecisión de **Meteoro** para con la paciente **Trixie**, o la inconmesurable profundidad místico-filosófica de la clásica expresión de **Robin**: "¡Santo tal cosa!"; que en mi adolescencia, viví un apasionado romance farandulero con las "Trillizas de Oro", y que nunca perdí las esperanzas de que **Marisol** y "Pili y Mili" vinieran a Venezuela en busca de su **partner** ideal; que oportunamente asité a la correspondiente fiesta de quince años con la "Billo's Caracas Boys", y que poco después peregriné a los santos lugares del Estado de Florida; que, según la edad, tuve mi "boligoma", mi "taquititiqui", mi guante "Wilson", mi "flower", mi calculadora "Hewlett-Packard", y hasta mi auto europeo; que sufrí la angustiosa espera del listado del **CNU**, y que en la Universidad cumplí con las horas de Asamblea requeridas; que soy un **habitué** de **Tropi-burger**, y aún sigo los denodados esfuerzos que hace "Musiuuto" en televisión por parecer inteligente. En fin, no hay posibilidad de error histórico: nací en época de guerrillas, me crié con la "Gran Venezuela", y quedé "fuera de base" con el 18 de Febrero. Entonces, ¿cómo juzgar imparcialmente al joven venezolano hoy, si cada vez que hable de él estaré haciendo alguna referencia a mí mismo?.

Las coordenadas cronológicas, que permiten definir a la juventud actual permanecen más o menos claras. Pero, aún así, podría preguntarse ¿a cuál juventud se refiere este tipo? ¿A la que aparece en las campañas televisivas contra la droga, inevitablemente jugadora de **basketball** y pasajera de **Renegados**, que rechaza enérgicamente las ofertas de un dadivoso distribuidor? ¿La que cada tanto se congrega en Avenidas y Centros Comerciales, atormentando a los demás mortales mientras piden contribuciones para instituciones contra el retardo mental, hospitales infantiles o simplemente para sus comités "pro-graduación"? ¿La que, con estricto criterio empresarial, maneja sus opulentas minitecas, de nombres aborreciblemente galácticos (**Betelgeux**, **Sky Way**, **Quaser**, etc.)? ¿O acaso la que deambula por las zonas industriales de Valencia y Ciudad Guayana, en constante —y ya resignada— búsqueda de trabajo? ¿La que no se pierde ni un solo "sarao" cultural, ha asistido a cada presentación de Zapata, Britto García y compañía, escribe poemas, subraya y hace anotaciones al margen de libros de filosofía y sociología? A eso respondo: me refiero a todas y a ninguna. Todos los segmentos de la juventud venezolana tienen su "máximo común divisor": ciertas generalidades engloban perfectamente al joven de "El Valle", "Caricuao", "El Cafetal" y "Prados del Este". Las categorías actuales no son tan absolutas, por lo que es frecuente encontrar al más furibundo rockero en "Coche", y a verdaderas "marginales a la fuerza", que usan ropas hindúes y venden artesanías viviendo en el "Country Club" o "La Florida". Tendría que admitir, no obstante, que mi experiencia vital ha tenido como referente fundamental cierto sector de la clase media caraqueña, por lo que —seguramente— es la juventud de ese grupo social la más fielmente reflejada en este texto.

Ya he dicho que el escepticismo, la desesperanza, la apatía, el inmovilismo, el "pata'erroliismo", caracterizan —con las excepciones que confirman la regla— a la juventud venezolana de 1984. Para cualquier lector medianamente sagaz, el contraste con la juventud de los años sesen-

ta resultará evidente. Normalmente se le atribuye cualidades formidables al joven actor de gestas como la renovación académica, las experiencias psicotomiméticas, "Tu país está feliz", y otros episodios del anecdotario venezolano contemporáneo. Como los hijos de padres famosos, estamos a la sombra de los émulos criollos de los Beatles, Cohn-Bendit y Malcom-X; hagamos lo que hagamos, siempre nos perseguirá el precedente de esos luminosos años '60.

"¡Qué fastidio! ¿Hasta cuándo nos van a tener con la bendita gente de los sesenta?", se quejaban una joven periodista de farándula, a la salida de un foro sobre rock realizado hace algunos meses, en el que, además de la tradicional pérdida de tiempo en polémicas estériles, se presentó la también habitual discusión acerca de si los teenagers venezolanos de la década de los '80 son tan "auténticos" y "activos" como los de la generación gloriosa. Verdaderamente, ya se pasaron de la raya con la perenne evocación de Woodstock, Jimi Hendrix, el Yellow Submarine y Janis Joplin; ya es suficiente con tener que soportar algunos vestigios de esos años; tales como las capas de Alfredo Escalante y el costumbrismo tardío de Cappy Donzella. Por eso, nada más ajeno a mi ánimo que el volver a traer a colación la crónica de esa década; no obstante, una sucinta revista de lo que hizo —o dejó de hacer— esta gente se presenta como necesaria, para así poder contar con un patrón que sirva de referencia a la hora de juzgar a los jóvenes de hoy, dictarles sentencia y, de paso, establecer los honorarios de los abogados.

## VENEZUELA GRAFFITI

"Por qué se fue y por qué murió  
por qué, Señor,  
me la quitó  
se ha ido al cielo y para poder ir yo,  
perdóname  
para estar con mi amor"

Los 007

"¡Joven, arréchate!"

PODER JOVEN

Lo que más sorprende de los acontecimientos —si es que hubo tales— de los años sesenta, es que un circunstancial y único acierto de algún personaje le habilitaba para decir —menos que hacer— cualquier clase de tonterías, convirtiéndose con eso en líder juvenil. Bien puede decirse que el movimiento juvenil venezolano de esa época pecaba de insustancial, y que surgió como consecuencia de un malestar coyuntural sumado a los ecos de la rebelión de mods, provos, hippies, y demás ejemplares de la fauna contestataria de Europa y Estados Unidos.

Ni los hippies, ni el Poder joven, se plantearon una lucha por la transformación de la sociedad; aquellos se proponían crear "islas" de amor libre, hermandad y pelos largos dentro del marco general del establishment nativo, mientras que los segundos encamaban, más que una voluntad de cambio, una explosión de rabia que no logró ni una sola alteración realmente importante del orden, y cuyo máximo mérito reside en una que otra consigna feliz. Sus planteamientos nunca pusieron en peligro los cimientos de la sociedad, esta reaccionaba un tanto histéricamente ante algunas proposiciones "escandalosas" —el amor libre, las drogas como auxiliares de la sensibilidad, la apología de la suciedad y la melena—, pero que no trascendían el campo meramente anecdótico, por lo que finalmente —no sin ciertos sobresaltos— el poder intentó adaptarlos a su propio patrimonio, mostrando alguna tolerancia para los escasos defectos que terca-



Abel Naim

mente insistían en sus prácticas extravagantes. He de recordar, también, que los sectores juveniles más radicales, concientizados y valerosos habían sido suprimidos — término técnico que se utiliza para denotar “muerte”— o inmovilizados durante la campaña desarrollada por el Estado venezolano contra la insurgencia armada auspiciada por la izquierda; sin lugar a dudas, ese hecho restó potencialidades revolucionarias a las convulsiones urbanas de la juventud urbana de la segunda mitad de la década de los sesenta.

Quien recuerde las camisas de “bacterias”, las minifaldas (resucitadas en estos años ochenta), el *underground*, la canción de protesta, los conciertos en el “Parque del Este” y los mocasines indios, concordará conmigo en la siguiente afirmación: esta gente lo que hizo fue, simplemente, recrear, de una manera más vistosa e inusual, su propia alienación. Quizás porque la maquinaria de la industria cultural era entonces más tosca e imperfecta, había más espacio para un discurso libertario e irreverente; la liberación individual lucía entonces como una meta posible e inmediata. Para lograrla, los jóvenes de la época apelaron a muchos recursos, entre los cuales destacan las drogas, cuyo consumo tenía entonces un carácter casi ritual. A la manera de los sacerdotes de muchas culturas precolombinas, recurrían a sustancias alucinógenas como exacerbadores de la percepción. “La marihuana”, escribía Allen Ginsberg, “es un útil catalizador para específicas percepciones estéticas de tipo óptico y auditivo. Personalmente, bajo la influencia de la marihuana he entendido la estructura de algunos fragmentos de jazz y de música clásica de un modo diferente y estas revelaciones han seguido siendo válidas incluso en años de conciencia normal . . . No se trata de “alucinaciones”; se trata de percepciones profundizadas que también se podrían catalizar, no sólo con la hierba, sino con algún otro acontecimiento natural (tan natural como la hierba) que tenga el poder de modificar el estado de ánimo, como un amor intenso, una muerte familiar, un imprevisto crepúsculo sereno después de la lluvia . . .” Esa muy particular percepción auxiliada dio pie para la psicodelia, el *underground* y el esoterismo asociado a ciertas filosofías orientales.

Paradójicamente, esa búsqueda de la liberación individual acompañó a un fuerte espíritu gregario, que se manifestó, por ejemplo, en las comunas hippies y las nunca bien ponderadas patatas, que nutrieron durante algún tiempo las páginas de las secciones de sucesos de los diarios capitalinos con algunas de sus hazañas y enfrentamiento callejeros. La inclusión en un grupo —bien fuera la patota de “Chuo”, o un conjunto de rock que “fusilaba” piezas de *Moody Blues* o *Grateful Dead*— legitimaba la condición de alguien que estaba “en algo”. Esto no dejaba

de tener su importancia en una época en la que, precisamente, parecía que estaba "pasando algo".

En todo caso, para los más adormilados, alguien se encargaba de recordarles que eran parte de una generación: se trataba de la televisión. En la TV se tenía un verdadero factor de aglutinamiento de la juventud, que estaba en capacidad de conectar las más diversas esferas de la sociedad, permitiéndoles que reconocieran en ella su propia existencia; eventualmente, la cajita en cuestión crearía toda una cultura que ocuparía artificialmente el espacio de la experiencia personal más vívida, lo que contribuía a suscitar una ilusión de integración y participación. La juventud de los sesenta era, en realidad, la primera generación que había crecido amantada por las emanaciones tóxicas de los tubos de la tele: la mutación provocada con tan espantoso experimento pronto pudo constatar en programas como "Ritmo y Juventud" —en el que hordas de "pavos y pavas", debidamente emparejados e identificados con un número, bailaban al son del *twist* y el *pata-pata*— o "El Club del Clan" —que legó a la patria excreciones tan lamentables como Nancy Ramos y Trino Mora—. Quien asistía a los estudios de las empresas televisoras, y quien seguía las distintas emisiones, participaba en una misma ceremonia, cuyo *lied* fundamental era: "¡Todos somos jóvenes, todos estamos en algo!". Claro está, que todo esto coincidió con un notable descubrimiento que estremeció a las juntas directivas de grandes empresas, y que complicó desde entonces el trabajo de las agencias publicitarias: la juventud constituye, por sí misma, un mercado de consumo, y especialmente la juventud de las clases media y alta —o A-B, para el gusto de los publicistas—, cuya capacidad de adquisición de bienes se había incrementado considerablemente. Este hecho, del que, a nivel mundial, pueden dar testimonio las inmensas fortunas reunidas por Mary Quant o Bob Dylan, confirió un nuevo matiz a la producción cultural de masas; desde entonces, el culto a la juventud es su signo.

Fue la época del *ye-ye*, de las fiestas con luces moradas; pero, sin lugar a dudas, el fenómeno músico-cultural-comercial-sociológico de ese tiempo estuvo concentrado en los cuatro chicos británicos que dieron paso a todo ese suceso que se ha dado en llamar la *beatlemania*. La presentación de los *Beatles* en el show norteamericano de Ed Sullivan fue la oficialización de un fenómeno que perduraría intacto en toda su fuerza hasta los albores de la década de los setenta, y cuyas huellas aún son detectables en 1984. En Europa, y en Inglaterra en particular, la locura de Liverpool se inició como una corriente subterránea, que pronto emergería con una violenta erupción: esporádicas informaciones en la prensa británica sobre un grupo musical que provocaba disturbios, desmayos, arrestos en los lugares en los que se presentaba, apenas sugerían lo que estaba por venir. "Muestra la incompreensión de los mayores", escribe el crítico español José Ramón Pardo, "es el rechazo con que la compañía de discos Decca respondió al envío de una primera cinta de prueba de los *Beatles*. La Decca perdió el contrato y perdió millones de libras, porque durante siete años los *Beatles* fueron la primera fuente de exportación británica". La repentina fiebre mundial —que produjo estornudos y leves escalofríos en Venezuela tomó un poco desprevenidas a las factorías de productos culturales de consumo masivo que, sin embargo, pronto se "pusieron las pilas", logrando asimilar la prodigiosa perturbación ocasionada por los cuatro melencidos ingleses. Ya los últimos discos de los *Beatles* eran verdaderos monumentos del *marketing*, verdaderas odas *pop* al *all rights reserved* que tenían como inspirador al mundo de los negocios, aun cuando conservaban cierta ambigüedad propia, por cierto, de toda la música *rock*. Sin embargo —y esto es lo importante— los *Beatles* ha sido el último fenómeno musical que ha debido ser adaptado, y no creado, por las transnacionales del vinilo (exceptuando, quizás, la explosión *punk* de 1977).

Yo no sé si los *Beatles* realmente iban dictando pauta, o por el contrario, tenían una muy



afinada intuición que les permitía captar a tiempo hacia dónde se inclinaba el barco de los gustos juveniles; lo cierto es que, en nuestro caso, los leves coletazos del huracán *beatle* que golpearon a Venezuela bastaron para marcar muy definidos rumbos a nuestra juventud: los coros de "She loves you" fueron excusa suficiente para que toda composición *made in Venezuela* contemplara la inclusión de cierta cuota de "yeahs"; acercamiento de los *Beatles* al Maharishi Manesh Yogui coincide casualmente con un creciente interés vernáculo por la cultura hindú, seguramente el matrimonio de John Lennon con Yoko Ono hizo que en nuestro país se viera con otros ojos —¿oblicuos?— a las asiáticas, y que súbitamente se renovara el culto a "La Chinita". La epidemia atacó a todo tipo de gente, desde universitarios a colegiales, desde intelectuales a *patoteros*. La pasión era el lugar común de la época: una breve observación a las carátulas de los discos que aún conservan nuestras hermanas permitirá comprobarlo, con conspicuas inscripciones como "I love you, John", o "I wanna hold your hand, Ringo".

Con todo, el —o la— fan de la época podía calificarse de ingenuo. Nadie parecía percibir la terrible ironía y parodia social de "I am the Walrus", y tuvo que llegar a un cable de una agencia internacional de noticias para que aquí se barruntara que tras letra y el título de "Lucy in the sky with Diamonds", (a) LSD, podía hallarse una alusión al consumo de alucinógenos. Esto, en cierto modo, se corresponde con el optimismo que caracterizó a los años sesenta. Más allá de una fachada de contestación e irreverencia, yacía una ciega esperanza de que el amor, la no-violencia, la música, el "pon tu mano en mi mano", podían, a la larga, cambiar las cosas; uno que otro intercambio de pedradas con la policía sirvió para disimular la carencia de un compromiso efectivo de transformación, que pudiera implicar un confrontamiento sangriento.

Por otra parte, la juventud no logró romper un esquema que ha venido funcionando en nuestra sociedad desde hace cientos de años: dentro de cierto orden, a la juventud se le asigna



un margen para actuar contraviniendo algunas reglas; son las llamadas "locuras de juventud", que los muchachos "lógicamente" cometen porque son —supuestamente— más fogosos, emotivos, inexpertos y un largo etcétera. Sin embargo, cuando se acerca a la madurez —esa cualidad tan valorada, que desplaza en nosotros lo verdaderamente vital—, el joven descarriado regresará, inexorablemente, al redil. Así, los jóvenes que en el 28 gritaban ¡Sacalapatallajá!, organizaban "Semanas del Estudiante" y eran condenados a trabajos forzados en las carreteras gomecistas, terminaron como fichas importantes —eso sí— de las "Fuerzas Vivas" de la nación, y no hablemos de la generación del 58. Pues bien, de igual forma —aunque con diferentes matices— ha sido con los muchachones del sesenta (los sobrevivientes, por supuesto): en la actualidad vegetan en ministerios, universidades, estaciones de radio, partidos de la "nueva" izquierda, refugiándose de vez en cuando en un disco de Crosby, Stills, Nash & Young! y hasta en un incierto "pito" de marihuana. Les ha llegado el momento de la tregua, y lo del sesenta "no fue nada, mamá, sólo un juego"

## MEMORIAS DE UN CHAMO DE LA DECADENCIA

"Ooooo, ¡Oh México!  
quiero ir, quiero ir, quiero ir, quiero ir  
a México"

*O.J. Colina*

"Gaby, eres monstra, te quiero".

*Anónimo*

La transformación de la juventud venezolana a lo que es hoy, no fue, de ninguna manera, un hecho repentino y sorpresivo. Diversos signos de descomposición se apreciaron durante toda la década de los '70, que nos debían indicar que algo marchaba mal. Extraña, por ejemplo, que Juan Pablo Pérez Alfonso, en una de sus célebres ruedas de prensa caseras en las que alertaba sobre la inminencia de la debacle y nuestro hundimiento en el excremento del diablo, no llamara la atención sobre asuntos tan graves como —por ejemplo— la fiebre Menudo o la influencia del kickingball sobre la salud física y mental de las adolescentes venezolanas. Citaré brevemente algunas señales de agonía juvenil de los últimos diez años:

\* La música disco, *Saturday Night Fever*, y todo lo que vino con ellos: Nunca tantos hicieron tan poco por parecer personas.

\* La creación de la Universidad "Simón Bolívar", especie de colegio grandote que libraba de cargos de conciencia a todo aquel joven "chévere" que consideraba los estudios en una Universidad pública como la única opción digna, pero que le tenía "cosa" al "negrero" de la UCV (ya la Universidad Católica era un caso perdido). La creciente sifrización de la Central ha terminado por poner las cosas en su lugar.

\* El éxodo, y lo que es peor, el regreso de la diáspora venezolana —esto es, los becarios de Fundayacucho—. Todo tipo de lastre nos llegó de afuera: individuos poseídos por la electrónica y la computación, neo-punks, potenciales gerentes de filiales de transnacionales y, especialmente, toda una generación de eclecticistas idiomáticos. Los que dicen no parking en el estacionamiento", o "por favor, runéame ese programa".

\* El juego de "La Pirámide"; ¿quién puede imaginarse a los hippies de los sesenta invirtiendo 500 bolívares para ganar 16 mil, embaucando de paso a cientos de bolsas (entre quines estoy yo)?.

\* La inauguración del "Poliedro": ya no había que ir a lugares tan "chimbos" como el

“Parque del Este” y el “Nuevo Circo” para celebrar como corresponde los rituales presumiblemente juveniles.

\* El Rock sinfónico, y toda esa maraña de teclados electrónicos y letras pretenciosas.

\* La onda “tierna” de obsesión por lo “cuchi”: Hello Kitty, My Melody, Little twin stars, Snoopy, Pitufos, etc.

\* El rock nacional, que más se dedica a la elaboración de imitaciones de “jingles” institucionales, antes que otra cosa.

\* La aparición de pintas —pretendidamente filosóficas— como: “La libertad sólo existe ¡donde hay libertad!” o “A veces la vida nos da un beso . . . en la boca”. Frases como éstas, junto alguna declaración notable tipo “A mí me gusta la música de Shakespeare”, merecerían una edición de Vanidades.

\* La consagración de la sifrina Laura Pérez en los Hit Parades y cuñas comerciales.

\* La extendidísima prescripción de “frenillos” y demás trabajos de ortodoncia, ¡Toda una fortuna repartida entre las jóvenes dentaduras y las cuentas corrientes de los odontólogos!.

\* La abrumadora imbecilidad de los disk-jockeys de las radios juveniles.

\* Michael Jackson y el break-dance. Este último imita los movimientos de los robots; ¡Por lo menos algo a favor de la sinceridad!

Ciertamente, la cosa va muy mal. Ni siquiera puedo captar algo de la irreverencia y la “locura” espontáneas que ejercitaron juventudes precedentes. El escepticismo parece el único camino.

Personalmente, sólo puedo imaginar una forma de hacer frente a esta deprimente situación. Practicar la saludable —y por demás divertida— costumbre de llevar siempre “la contraria”, convertirnos en una suerte de francotirador que apunte indistintamente a todos los lados, sin respetar categorías de ningún tipo, sin atender las exhortaciones en pro de la moderación y la sindéresis que gustan de hacer algunos arrepentidos del pasado, disparando nuestras municiones argumentales contra todo lo que se mantenga en pie. Quizás todo no pase del simple gesto pero al menos es una forma más interesante y entretenida de pasar esta especie de campo minado que es el intervalo entre los 15 y los 30 años.

En fin, seamos como en los versos de Karl Kraus:

**“Allí donde ellos la vida o la mentira subyugaban  
revolucionario era yo  
Allí donde ellos contra natura en las leyes recalaban  
revolucionario era yo  
Con los vivamente afligidos me he afligido yo.  
Allí donde ellos Libertad como frase utilizaban  
reaccionario era yo  
Allí donde ellos el Arte con su ‘poder’ ensuciaban  
reaccionario era yo.  
Y retrocedía hasta los orígenes”.**

